

Rocío Raya Prida
(coord.)

Relatos de Bibliotecas
Noveno Certamen Literario
de la Biblioteca Universitaria de Granada

Granada
2020

© LOS AUTORES
© UNIVERSIDAD DE GRANADA.
RELATOS DE BIBLIOTECAS. NOVENO
CERTAMEN LITERARIO DE LA BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA DE GRANADA
ISBN: 978-84-338-6715-5.
Depósito legal: Gr./ 778-2020.
Edita: Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja. Granada.
Diseño de cubierta: José María Medina Alvea
Preimpresión: TADIGRA, S.L. Granada.
Imprime: Gráficas La Madraza, Albolote, Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Primer Premio:

Cecilia Capdet Plaza

Accésits en orden alfabético:

Susana Amaya Hernández

Leira Andrea Araujo Nieto

Ángel Correa Torres

Paula Rojas Cuasante

**El Jurado de este Premio ha estado compuesto
por los siguientes miembros:**

Antonio Sánchez Trigueros,

Catedrático emérito de la Universidad de Granada

María Isabel Cabrera García,

Directora de la Editorial de la UGR

Amelina Correa Ramón,

Catedrática de Literatura Española de la UGR.

Julia Olivares Barrero,

Miembro de la Academia de las Buenas Letras de Granada
y Bibliotecaria de la Diputación de Granada.

Rocío Raya Prida,

Bibliotecaria de la UGR.

Índice

Prólogo:	
Laboratorio de escritura en los días del jinete coronado.....	11
<i>Antonio Sánchez Trigueros</i>	
Introducción.....	19
<i>M.a José Ariza Rubio</i>	
Ojeras Negras	23
<i>Cecilia Capdet Plaza</i>	
Nada	43
<i>Susana Amaya Hernández</i>	

10 Índice

Diana Röö.....	61
<i>Leira Andrea Araujo Nieto</i>	
Amor espinoso.....	89
<i>Ángel Correa Torres</i>	
De espaldas a la noche.....	103
<i>Paula Rojas Cuasante</i>	

Antonio Sánchez Trigueros

Laboratorio de escritura en los días del jinete coronado

Fiel al compromiso de todos los años en estas mismas fechas y para el mismo fin, me sitúo en mi escritorio dispuesto a hablar de algo que tenga que ver con la narrativa breve, con el relato corto o con el cuento, pero cierro los ojos, hago un primer esfuerzo mental y solo me fluye escribir de la ciudad muerta, de la ciudad fantasma, de las calles vacías, del silencio transparente, de las vidas ocultas, del terror a lo diminuto, del miedo a la amenaza invisible, del azote bíblico, de las luces moribundas, de

la postergación infinita, de la angustia y el desconcierto, de la ansiada solución del suicidio... Ay, el suicidio, la eutanasia, el tiro en la nuca, la aguja en el corazón, el cuerno en la femoral, el clavo en el centro del cráneo... Me viene al recuerdo que en cierta ocasión mi buen amigo *El Hechizado* escribió un microrrelato que decía: el novelista había decidido construir una narración corta absolutamente realista; se trataría de contar con afán minucioso lo que hacían sus vecinos en aquel atroz y cruel confinamiento, pero se quedó sin personajes: todos sus vecinos se habían suicidado.

Y me digo, basta, basta ya; dejo el lápiz a un lado y trato de buscar inspiración en otros rincones no de la mente sino del escritorio, voy a tientas entre los montones de papel y empiezo a oír unos sonidos lejanos que poco a poco van aumentando de volumen hasta convertirse en una voz susurrante que, *con el lenguaje de los delfines*, me dice que nuestras vidas transcurren de espaldas a una realidad que no solemos mirar... hay sombras que se mueven entre nosotros... podemos distinguir sus formas, pero no sabemos por qué están ahí... existen por algún motivo, como tantos otros elementos de nuestro entorno que no contemplamos, pero

pasan desapercibidos a nuestros ojos porque no guardan ninguna relación con lo cotidiano... ellos son entes de formas oscuras y alargadas.

De qué me están hablando esas voces, me suena ese discurso a algo conocido, se me obliga a utilizar la escritura ajena no sé con qué finalidad. Me resisto a ello, intento borrar lo escrito y la goma se me deshace entre los dedos, quiero tacharlo y no lo consigo, me tapo los oídos y ahí sigue la voz con su discurso ajeno y chirriante que me dice, con el convencimiento de que *el terror se aloja en la garganta*, que fantaseé con la idea de una infancia distinta, incluso dudé de mis recuerdos, de mi pasado, de mi venganza... una leve duda me invadió y me sentí como una pared que empieza a llenarse de humedades, o mejor dicho, que comienza a mostrarlas... la duda y el miedo siempre estuvieron allí, pero ahora me debilitaban, me hacían creer que no era tan fuerte como pensaba.

Ese yo no es el mío y no sé por qué empiezo a aceptar el flujo verbal que se me impone y que me cuenta que algo o alguien, como *amor espinoso*, deseaba rodear a Globo con sus brazos, pero no quería infringirle ningún daño... sabía que ese abrazo sería el primero, y el último, que se darían: un mortal abrazo de amor... el

dilema no tenía una solución fácil... Globo no lograba convencer a Cactus de que el abrazo de la muerte sería el mejor remate para el final de su existencia, que, de hecho, se acercaba inexorablemente.

Y entonces todo fluye hacia una situación de felicidad inesperada porque, y así me lo decía desde un rincón de mi mesa mi viejo amigo Conrad, ella tenía una frente tranquila y luminosa, sus ojos violeta reían mientras su boca y su barbilla conservaban una máscara de admirable gravedad, y todo esto estaba realzado por una espléndida mata de pelo dorado; por eso, repito, sentí en *la nuca* la presión de que todo fluía hacia una situación de felicidad inesperada: el ambiente se había condensado en cuestión de escasos minutos... la ropa no tardó en caer a los lados de la cama sin orden ni concierto; calcetines y zapatos volaron, las sábanas quedaron hechas un amasijo indescifrable bajo sus cuerpos... pero, de alguna forma, entre todo el movimiento, sus cabezas siguieron cubiertas... incluso cuando, alcanzado el orgasmo, él dejó su cabeza rendida sobre el pecho de ella.

Fue en ese momento cuando mi adorada amiga Karen reclamó mi atención desde no sé

qué rincón del escritorio y cantó una de las estrofas de la balada del rico comerciante de té: cuando os deje solos en esta habitación, cuando creáis que obedecéis el instinto de vuestra sangre joven, no haréis otra cosa que lo que yo os he ordenado... estaréis representando vuestros papeles en mi historia... esta noche, esa habitación, esa cama, vosotros mismos con toda vuestra sangre joven, no será nada más que una simple historia convertida, por mi palabra y por mi deseo, en realidad.

Se cierran las cortinas, cae el telón, y de pronto todo concluye con una imagen estática frente al paisaje visto con *ojeras negras*, primero muy difuminado, después perfectamente delineado, finalmente evaporado, cuando el pequeño Robert permaneció en el salón pensativo, viendo cómo se ennegrecía el paisaje detrás de la ventana... un sol brillante y rojo había incendiado el cielo durante todo el camino de vuelta hasta esconderse detrás del montículo que le daba nombre al pueblo... ahora se despintaba en aquel cielo tardío un último tinte azul marino que oscurecía más y más hasta cubrirlo todo de sombras.

Pero qué es toda esta historia, qué son todas estas historias, en las que el sinsentido de cada

una de ellas se une a otros sinsentidos, que conforman un nuevo sinsentido, que si queremos puede ir perfilando un verdadero sentido, que revertirá sobre los sinsentidos dejados a un lado, que vuelven a recuperarse en una operación de convertir el caos en un orden imposible que se niega a terminar su historia con un final feliz de pesadilla. ¿Final feliz en estas circunstancias? ¿Es que además hace falta un gran terremoto que remueva las entrañas de la ciudad? ¿Todavía queremos más?

Y la voz me advierte que el terremoto ha ocurrido ya, que he construido un discurso sobre fragmentos ajenos, en realidad sobre escombros aunque muy dignos, sobre desechos aunque muy limpios, pero que en el fondo de la escombrera se ve un punto no se sabe si luminoso, algo con lo que guiarse cuando, como me está ocurriendo ahora, me asalta el desorden de la escritura en su forma más distorsionada, y entonces llego a entender que estoy produciendo una escritura cuyo principio constructivo se constituye en el caos, en el más absoluto y destructivo caos, que todo lo mezcla, lo disuelve, lo destruye, lo deconstruye, lo descoyunta, lo asesina, lo achicharra, lo entierra en cal viva, pero al poco y al mismo tiempo

también lo resucita, lo recompone, lo acaricia, lo amamanta, lo adora, lo besa, lo abraza, lo exalta, lo bendice, lo ama, en suma, sin perder nunca el horizonte del caos. Y así al final surge una esperanza, una luz que no significa nada, un gran mensaje vacío, donde podemos escribir lo que queramos, aunque esa escritura solo dure en el muro unos segundos de vida imposible... Y ya no puedo más, me ahogo, aquí me rindo definitivamente, amigos...

Lo siento. Por más que lo he intentado no he conseguido este año salirme de ahí, no he podido liberarme de ese círculo hipnótico de diabólicas locuras textuales. Porque, no nos engañemos, ese sigue siendo el gran reto: a ver qué salvamos de este apocalipsis inesperado.

Antonio Sánchez Trigueros
Catedrático Emérito de la Universidad de Granada
Presidente del Jurado

M.a José Ariza Rubio

Introducción

Permitidme que comience esta introducción con un comentario al terrible drama mundial que hemos estado viviendo y aún vivimos con motivo de la pandemia provocada por el COVID19. Desde la Biblioteca Universitaria queremos manifestar nuestro dolor por las víctimas provocadas por la enfermedad y también nuestro apoyo a la gran cantidad de personas que se han visto afectadas por el desplome de la economía.

También nuestro agradecimiento a todas aquellas personas que han estado combatiendo en primera línea este virus y a las que han hecho posible que este confinamiento haya sido más llevadero. ¡Gracias de corazón!

Con motivo de la pandemia, nos vimos obligados a retrasar la celebración del acto de la entrega del premio de este Certamen, al suspenderse todos los actos académicos.

Hoy podemos decir que nuestra satisfacción es doble: el haber conseguido controlar los efectos de esta enfermedad y el haber podido editar el libro.

Se cumplen ya nueve años del Certamen literario de la Biblioteca Universitaria y seguimos con la misma ilusión con la que comenzamos.

Tanto mi compañera Rocío Raya, quien concibió la idea, miembro del jurado, y editora del libro, como yo, nos sentimos orgullosas de haber llegado hasta aquí. Agradecemos a los estudiantes su confianza en la Biblioteca Universitaria, por presentar sus relatos año tras año. La experiencia nos ha enseñado que no solo hemos conseguido fomentar la actividad literaria en nuestros jóvenes, sino también crearles confianza en persistir en la escritura y sobre todo proporcionarles una publicidad a través de la edición del libro, porque hablar de libros, de literatura y de escritores es motivo de júbilo en un mundo donde prima la información de lo político, lo social y los sucesos en detrimento de lo literario.

A propósito de nuestros estudiantes, quisiera resaltar que muchos de nuestros seleccionados, animados por este Certamen, han seguido su aventura literaria, consiguiendo algunos de ellos reconocimientos importantes. El último ha sido Rodolfo Padilla Sánchez, ganador del premio de este certamen el año pasado que en diciembre publicó su primer libro, “Sobre la nostalgia y el olvido” en la editorial Nazarí y que fue presentado en la Biblioteca Universitaria.

En ellos pensamos cuando propusimos la idea a la Directora de la editorial de Granada, Mariabel Cabrera quien no dudó en que la Editorial asumiera la edición de la obra, anteponiendo la dimensión literaria a la comercial.

Mi agradecimiento al jurado, Antonio Sánchez Trigueros, Maribel Cabrera, Amelina Correa, Julia Olivares y Rocío Raya, quienes de manera desinteresada y siempre con mucha ilusión, cargan con la difícil tarea de la selección y dotación del premio

Y gracias a la Editorial Springer Nature quien avala económicamente el premio, un estímulo para la gente joven, no por la cuantía en sí, sino por ser un acicate que puede promover la necesidad de escribir en los jóvenes.

22 Relatos de Bibliotecas

Y quisiera concluir aludiendo a la labor realizada en esta crisis por el mundo de la cultura y en especial, resaltar la importancia de la literatura.

Muchos de nosotros nos hemos refugiado en la literatura para soportar mejor el momento tan complicado que hemos vivido y la cantidad de bibliografía a texto completo en la red y las numerosas descargas gratuitas para libros electrónicos que se nos ha ofrecido, nos han hecho más llevadero el confinamiento a que nos hemos visto obligados. Por ello nuestro agradeciendo.

Ma José Ariza Rubio
Directora de la Biblioteca Universitaria
de Granada

Cecilia Capdet Plaza

Ojeras negras

Aquella calurosa mañana de verano de 1987, la noticia de la muerte de Roberto Almas sobrevoló la pequeña aldea de Sant Turó como el batir de alas de un pajarillo perdido y fatigado. Bajo los rayos abrasadores de aquel sol despótico, dicho suceso quedó relegado a la categoría de mera anécdota a pesar de los gritos de alarma con los que su esposa se había propuesto avisar al vecindario. Nadie se lo esperaba. A nadie le importó.

Roberto Almas jamás gozó en aquella aldea de buenas amistades. Desde sus mocedades se había ganado la antipatía de sus paisanos por huraño, gruñón, roñoso y patán. Ni a la gente

gustaba de hablar con él ni él necesitaba de la amabilidad de los otros. Solo se las apañaba bien, campando a sus aires mañana y tarde, tomando el sol en invierno, refugiándose en la sombra durante el verano, consumiéndose en su más ignorada desidia, sin que nadie perturbara su silencio, muy a pesar de sus padres, quienes acabaron por echarlo de casa, incapaces de tolerar ni un segundo más la gandulería de aquel ser aborrecible al que habían engendrado.

Así pues, aquella otra mañana también calurosa de un pasado día de verano, Roberto Almas se marchó a la ciudad. Dijo que iría a hacer fortuna y prometió no volver jamás a la aldea de Sant Turó. Maldijo el pueblo y escupió en su suelo, no con el posado digno que le otorga al héroe de un relato épico su superioridad moral, sino como una criatura rabiosa a quien han despojado de su orgullo, atragantándose con su propias palabras, que salían de su boca como un barboteo incontinente de insultos y reproches.

Desde el momento en que Roberto Almas partió, todos supieron que tarde o temprano acabaría regresando a Sant Turó, pues el muchacho no sería más hábil en la ciudad de lo que lo había sido en la aldea. Tal sospecha se

cumplió tras morir sus padres y heredar Roberto, por derecho natural, la hacienda familiar. Tampoco nunca nadie confió en su propósito de prosperar, pues era un hombre inepto y de pocas luces. Y, efectivamente, llegó a la aldea sin haber ahorrado un duro y tan muerto de hambre como se había marchado. Y jamás ningún conocido llegó a pensar que existiría una mujer en su sano juicio capaz de enamorarse de aquel deshecho humano, la ausencia de atractivo personificada, sin gracia en cuerpo y espíritu, dotado únicamente con la más innata eficacia para la repulsión. Pero y para la sorpresa de todos, es en este punto de la historia en el que Roberto Almas transgredió las leyes de la lógica y el determinismo al regresar a su aldea natal con la bellísima Melinda Santos, que tenía los ojos claros y con quien él había contraído matrimonio recientemente, no hacía más de un mes. Decían haberse conocido en la parada del autobús un día de lluvia. Decían haberse enamorado. Decían seguir enamorados muchos años después. Nadie los creía.

**

El pequeño Robert llegó al pueblo a la mañana siguiente de la muerte de su padre, cansado después de un largo viaje nocturno

en autobús. De *pequeño* ya sólo le quedaba el apodo. Su madre se lanzó a sus brazos como si hubiera visto un ángel del cielo descendido. Era un muchacho de figura esbelta e imponente, todo lo contrario a su difunto marido. En su mirada había inteligencia y serenidad, incluso un principio de madurez, aunque por aquella época sólo fuese un chico tierno de 22 años.

Hacía cuatro años que no se veían, desde que él se marchó a estudiar medicina a la gran ciudad. La decisión fue de su madre, aunque él no puso resistencia alguna, pues nunca tuvo una relación estrecha con el pueblo, ni con sus padres tampoco.

Tal vez fuera por el hecho de haberse criado con una madre foránea y una figura paterna apática que el pequeño Robert no heredó de ninguno de los dos el amor por el campo, la aldea y la tranquilidad que en ella reinaba en el día a día y que sus habitantes tanto amaban. Desde el momento en que empezó a tener consciencia de la realidad, sólo pudo ver muerte a su alrededor: muerte en la tierra seca del campo, en el cielo lejano e impasible, muerte en los saludos vacíos en los cruces de caminos y muerte en su hogar, donde su madre aborrecía a su padre y su padre aborrecía la vida. A los 16

años empezó a salir con una chica, Margarita Soler. Cuando él se marchó dos años después, ella quedó despechada. Él no le dedicó ni un sólo pensamiento. Era hermosa e ingenua, un pasatiempo muy mediocre en mitad de tanta muerte, pero, al fin y al cabo, el único pasatiempo que había.

Cuando su madre le ofreció ir a estudiar a la ciudad, el pequeño Robert supo que no regresaría a Sant Turó hasta que no aconteciese la muerte de su padre, pero nunca pensó que esto ocurriría tan pronto.

**

Al pequeño Robert no le pasó inadvertido el excesivo desmejoramiento que su madre había sufrido. Esa misma mañana, cuando se encaminaba a la vieja casa familiar, la visión lejana de aquella silueta raquítica, esperándolo recostada en la puerta, lo preparó para el consecutivo impacto que le produjo ver semejante deshecho de mujer. Además de haber adelgazado desmesuradamente, tenía la piel agrietada como el barro seco, los dientes carcomidos y el aliento fétido. Por su pelo blanquecino y escaso resbalaban las gotas de sudor que brotaban de su cuero cabelludo lleno de clapas, quemado y resentido por aquel sol veraniego.